

# U N A N U E

JORGE BASADRE

## I

La sociedad colonial, no obstante su estructura jerárquica e injusta, permitió la posibilidad de que algunos hombres alcanzaran altas posiciones debido sólo a su trabajo o valer. Sacerdotes o legistas fueron los más que obtuvieron esa personal ascensión después de la época militar de la Conquista. Unanue representa una situación distinta. Es hijo legítimo de los finales del siglo XVIII caracterizados por el interés ante el mundo sensible y la actividad del hombre, la utilización de la observación, el experimento y el racionalismo deductivo. Encarna el sorprendente prestigio y la importancia de la Ciencia que, en su caso, se coloca por encima de los blasones heredados, de las posiciones burocráticas y aún de las dignidades eclesiásticas. El médico y preceptor ariqueño que llega rápidamente a las cimas de la vida social de Lima por medio de su relación con las poderosas familias de los Landáburu y los condes de Monteblanco es, al mismo tiempo, el sabio respetado y acatado por los virreyes desde Croix y Taboada y Lemus hasta O'Higgins y Abascal. Aunque algo tardíamente, en este fenómeno se reproduce, en cierto modo, el auge de los "filósofos" en la Europa del despotismo ilustrado, el gusto por el saber que entonces se propala en las academias y en los periódicos y llega hasta los salones y se cuela en la recámara de los gobernantes. Anuncia una era de respeto a la inteligencia que luego el predominio de las motivaciones económicas, la confusión política y, últimamente el miedo a la revolución social no han permitido desarrollarse.

---

(Fragmento de la 5ª edición de la "Historia de la República del Perú", próxima a aparecer).

El bienestar y aún la fortuna los logra Unanue sin que ellos impliquen la especulación mercantil, la prebenda oficial o el peculado. Ejercita su actividad en un campo de pensamiento que puede ya desenvolverse al margen del Estado y de la Iglesia. Se desenvuelve dentro de un radio de libertad para investigar, para expresarse y para actuar en la cátedra, el libro y el periódico. Pensamiento secularizado, aunque Unanue en lo profundo de su intimidad espiritual y moral, continuara fiel a la recia fe de sus antepasados. Su secularismo, como el de la democracia norteamericana, coexiste con una conciencia religiosa, sustentándose en valores básicos que, dentro de sus diferentes niveles, no se excluyen. (En su artículo "Mi Retiro" afirma que "esas grandes convulsiones del globo en que me he considerado un átomo vagando en la inmensidad de la naturaleza, un fuerte sentimiento religioso me levantaba siempre hacia Dios; y experimentaba no sé qué aliento de seguridad y de grandeza").

## II

Los médicos peruanos tienen muchos motivos para enorgullecerse de quien, ante la historia, ejerce su representación gremial. La medicina en Unanue no fué sólo tarea profesional sino, ante todo, actitud científica. A pesar de los errores y limitaciones de su obra, inevitables dentro de la época y el medio, simbolizó la tendencia a la observación concreta, al estudio experimental, al conocimiento anatómico que abrió paso a las grandes transformaciones de esa disciplina en los siglos XIX y XX. El mismo definió su lucha contra "los charlatanes y empíricos que habían adquirido sus conocimientos por práctica grosera o que juzgaban explicar y ordenar por el hombre quimérico que se habían figurado en la mente", Unido indeleblemente a la cátedra de Anatomía desde 1767, a la fundación del Anfiteatro Anatómico en 1792 y al establecimiento y organización del Colegio de San Fernando entre 1807 y 1811, hay una frase de su estudio sobre el clima de Lima que bien podría tomarse como lema para todos los tiempos: "La Medicina está fundada en la observación puntual de los hechos que enseñan mutuamente su conocimiento y en los justos raciocinios con que se deducen las consecuencias y se ordenan en un cuerpo de doctrina". Pensamiento que coincide con otro estampado en la "Advertencia a la 2ª edición de esa misma obra: "Mi principal cuidado ha sido estudiar en la naturaleza las cosas de que trato. Las he considerado en si solas y después de conocidas han venido a exornarlas la memoria y la imaginación".

Y al lado de esta profesión de fe, muy bella parece la pintura del arquetipo de médico que él encuentra en su maestro Gabriel Moreno: "Ora se considere como dogmático, ora como clínico ¡qué profundidad, madurez y extensión de conocimientos en los dictámenes! ¡qué tino y prudencia en el ejercicio práctico! Pero aun más ¡qué compasión, qué blanduras, qué interés a favor del afligido!"

Más allá del gabinete y del consultorio, concibió a la medicina en sus proyecciones sociales y nacionales, vinculándola con el gravísimo problema de tener hombres sanos libres de endemias y epidemias, haciendo así de su profesión un símbolo que frente a la "decaencia del Perú" (por obra de la ignorancia, de la superstición o de la crueldad) significara la "restauración del Perú" (por obra del saber, de la capacidad y de la eficacia) y afirmando que para el médico "la verdadera piedad, honor y gloria consisten en mirar por la salud del pueblo posponiendo a ella todas las inclinaciones y las utilidades propias". Antes de que llegara en 1806 la expedición organizada para difundir la vacuna, ya en 1802 la aplicó en Lima. Y en el "Cuadro sinóptico de las ciencias que se enseñarán en el Colegio de Medicina de San Fernando de Lima" incluyó las Matemáticas, la Física, la Química, la Mineralogía, la Anatomía, la Zoonimia y, al mismo tiempo, la Psicología; y dentro de los estudios de Medicina Práctica, al lado de la Clínica, Operatoria, Obstetricia y Farmacéutica, dentro de la Topográfica, la Medicina Peruana.

Sólo su labor de maestro ya le daría rango inmortal. "En 66 años de edad (escribió él mismo en 1821) he consagrado 45 a enseñar a la juventud, he promovido establecimientos para su educación". Imaginemos a Rodríguez de Mendoza con éxito social, producción netamente científica, vasta actividad periodística, inquietud universal y nacionalista, auge político bajo las más variadas circunstancias y, por añadidura, acción administrativa; y el comprobar que nada de eso acompañó al Rector de San Carlos, no será para desdoro de él y sí para realce del organizador de San Fernando.

### III

El amor a la investigación empírica en vez de la especulación teórica, a lo concreto en vez de lo abstracto caracteriza a la mentalidad de Unanue aún fuera de su ámbito profesional. Todo ello no riñe con el humanismo de su espíritu y la vastedad de su curiosidad intelectual. ¡Qué no leyó! Encuéntranse en sus escritos, aparte de citas mé-

dicas y científico-naturales, otras de libros de viajeros, estudios de geografía e historia, derecho y política, administración y hacienda, poetas griegos y latinos o modernos como Pope y Young, revistas y publicaciones periódicas, empleando tanto los dos idiomas clásicos como el francés y el inglés; en este último su información provino no sólo de Inglaterra sino también de Estados Unidos siendo las "Notes on the State of Virginia" de Jefferson una de sus referencias predilectas. El saber no lo embriagó ni lo desquició, como más de una vez ocurriría con Vidaurre. Aunque en dispersas páginas dejara la huella de tiernos y profundos sentimientos (como en su artículo "El amor conyugal" que termina con unos versos sollozantes) fué, en realidad, un clásico. Su vejez tiene algo de la serenidad goetheana.

Toda su obra dispersa (compilada en forma muy incompleta por su descendiente don Eugenio Larrabure y Unanue en 1914) posee un "leit motif" unitario: el Perú. Hay algo más que una mera coincidencia en el hecho de que periódicos por él redactados se llamaran —en el momento más bello del crepúsculo colonial, en los comienzos desorientados de la Independencia y en los días más sombríos de la guerra entre patriotas y realistas— "Mercurio Peruano", "Verdadero Peruano", "Nuevo Día del Perú". Vió al Perú como territorio, como mecanismo estatal, como estructura social y en lo que concierne al hombre que aquí habita. Lo vió en el presente que ante sus ojos se iba desenvolviendo, en el pasado y en el futuro. En el "Mercurio Peruano" escribió la "Idea general del Perú" que desarrolló en detalle en las "Guías políticas, eclesiásticas y militares del Perú" redactadas por él entre 1793 y 1797, haciendo con los datos allí contenidos el "Compendio del virreinato del Perú a fines del siglo XVIII" y planeando unas "Décadas económicas del Perú". Al mismo tipo de visión integral pertenecen el trabajo titulado "Sobre geografía física del Perú" inserto en el "Mercurio"; y, en lo que pudo haber sido escrita por su pluma, la memoria del virrey Taboada y Lemus que es una minuciosa monografía sobre nuestro país en aquella época.

Su estudio sobre el clima de Lima examina no sólo la constitución física del valle sino también el genio, usos, hábitos, dolencias y enfermedades de los habitantes en un anticipo de la ecología, la ciencia que trata de las relaciones de los seres entre sí y en función de los ambientes en que viven. Pero hay allí mucho más. Hay, sobre todo, un alegato en contra de que los europeos tengan la exclusividad de la belleza física o del talento y a favor de los países coloniales y de las gentes de color. Y hay también una condena de toda presunción de superioridad racial. "El espíritu racional (escribe Unanue) está igualmen-

te distribuido en todas las partes de la Tierra. En todas ellas es el hombre capaz de todo si es ayudado por la educación y el ejemplo. Pero también en el Universo entero, las naciones que, bajo el freno de la religión y de la ley, dan hombres de cultura y de saber, roto ese freno, sólo producen monstruos y caníbales". En cuanto a los americanos, tomó parte aquí en la polémica entablada acerca de sus aptitudes; como decía el P. Francisco Xavier Sánchez en la "Aprobación" de la primera edición de la obra en 1806, "un monumento de gloria levanta a la América y en especial a los habitantes de parte de la zona examinando las prerrogativas de los ingenios que la habitan".

Lejos de toda estrechez localista, si bien viajó poco el Perú, lo conoció con la imaginación y la erudición. Especial interés tienen, a este respecto, sus relatos acerca del viaje por el Huallaga hecho por el P. Sobreviela, los viajes en el Marañón y el Ucayali por el P. Girbal y las noticias acerca de la pampa del Sacramento. Propugnó en aquellos años en que la Patria no había nacido como entidad soberana, la necesidad de la inmigración y del crecimiento vegetativo de la población en el Perú; la conveniencia de una explotación racional de la riqueza minera; el objetivo de que la agricultura proporcione "para que nuestra subsistencia no fuese tan precaria ni dependiente de auxilios externos"; la importancia de los servicios estadísticos "sin los cuales no es posible dar un paso acertado en los mayores y más útiles proyectos de utilidad pública"; la función necesarísima de las vías de comunicación y de la marina mercante.

Especial interés ostentan sus monografías sobre la coca, el tabaco y el camino entre Lima y Callao que tienen aspectos históricos, ya en relación con el período inca, ya con el de la dominación española, al lado de otros de carácter especializado, de ciencia pura o de utilidad pública, incluyendo datos estadísticos y descripciones circunstanciadas de realidades entonces contemporáneas.

Podría hacerse un estudio sobre Unanue y la historiografía. En su "Idea general de los monumentos del antiguo Perú" tuvo la intuición del imprescindible valor de la arqueología para el esclarecimiento de nuestro pasado. Si bien se equivocó al creer hallar en el Amazonas el lugar primitivo de la civilización (con lo cual reaccionaba contra el desprecio que algunos autores europeos sentían hacia América) su hipótesis acerca de las relaciones antiguas entre las zonas oceánicas polinésicas y los indios ha obtenido sorprendente apoyo en nuestros días. Hizo el elogio de los Incas "los legisladores de más nombradía que nos ha transmitido la historia antigua", "aquella nación famosa que, sin los auxilios del egipcio, el fenicio y el griego, supo establecer

leyes sabias y sobresalir bajo ciertos aspectos en las artes y las ciencias. Le impresionaron, sobre todo "la justicia, orden y economía" de aquellos tiempos. Condenó los desórdenes y estragos de la Conquista; pero condenó, asimismo, a los extranjeros "que se empeñan tanto en cubrir de horror a esa época, olvidando el heroísmo y virtudes de algunos hombres" señalando, al mismo tiempo, "las inhumanas devastaciones en los infelices países de Asia y norte de América" consumadas precisamente por quienes alegaban horrorizarse por la obra de España en América. Aunque sus elogios a la etapa reformista del Virreinato iniciada con Taboada y Lemus implica una crítica al período anterior, tuvo expresiones de admiración para figuras como Peralta, Feliciano de la Vega, Pérez de Menacho, Pinelo, Caviedes.

Su nacionalismo fué pacífico basado en el afán de estudiar, anotar y comprender; creador en el sentido de creador de conocimientos y de conciencia; unido al afán de allegar y de utilizar la mayor cantidad de noticias y de informaciones, es decir no reñido sino consistente con una preocupación universal; preocupado por un porvenir mejor y por las proyecciones de tipo social en la acción individual, sin desmedro del respeto ante el pasado.

Gran parte de esta obra cultural tuvo lugar no desde el libro sino desde el periódico, caracterizándose aún en este plano por su alejamiento de las violencias, de los rencores, de las envidias que proliferan en la vida criolla.

#### IV

La destacada actuación de Unanue al servicio de los virreyes y sus posteriores memorables servicios a la causa de la Independencia merecieron la sarcástica censura de Gabriel René Moreno, el eminente y emponzoñado bibliógrafo boliviano que tan mal quiso al Perú. Luis Alayza y Paz Soldán ha escrito acerca de la actividad de Unanue como conspirador contra el sistema español desde hora temprana. El asunto necesita larga y minuciosa discusión y, acaso, un caudal mayor de fuentes documentales, que pueden estar guardadas en Sevilla o en archivos particulares.

Por lo que hasta ahora puede deducirse, parece que hasta cierto momento de su vida, Unanue militó en las filas reformistas, de los esperanzados en un nuevo régimen de convivencia entre peruanos y españoles, como tantos hombres ilustrados y progresistas de la clase dirigente. Ello implicaba, por cierto, hablar de "derechos" de los criollos, provocar el temor, o la ira, o la sospecha de quienes no querían cam-

bio alguno. Fué el punto de vista que representó Vidaurre en su "Plan del Perú", sus "Cartas Americanas" y su memoria de 1817. De ninguna manera aparece Unanue como un partidario del "status quo", como un tradicionalista, como un usufructuario satisfecho del régimen vigente y en el que alcanzara fama y fortuna. Su posición en aquella etapa inicial podría estar representada por sus escritos en el "Verdadero Peruano". No sabemos la fecha exacta en que llegó a convencerse de lo inevitable del separatismo. En el crítico año de 1820 instó al virrey para que lo aceptara sin vacilaciones "buscando un Príncipe de Casa Real que viniese a coronarse. Yo no era el único que pensaba así, por el bien mismo del Perú". Quiso entonces evitar la lucha entre el ejército de San Martín y el realista: fué la época de su papel "Los males de guerra y el deber de los escritores". Luego acompañó a San Martín como ministro de Hacienda cuando "estaba exhausta de fondos la Tesorería... se presentaba por todas partes la imagen de la desolación y la miseria"; el Protector dijo que "el Biejo Honradísimo y Virtuosísimo Unánue es uno de los consuelos que he tenido en el tiempo de mi incómoda administración". Formó parte en seguida del primer Congreso Constituyente en el que tuvo una significación que había pasado inadvertida. Encontró la fórmula que pudo hacer posible el retiro de la Junta Gubernativa y la elección de Riva-Agüero. Siguió la suerte del Congreso cuando se produjo el conflicto entre este cuerpo y el Presidente. Publicó el periódico "Nuevo Día del Perú" en los días más negros de la guerra de la Independencia. Fué ministro de Hacienda nuevamente y, más tarde, miembro del Consejo de Gobierno y jefe de él en los días que siguieron a Ayacucho, con motivo del viaje de Bolívar al Sur. "Principié (escribió él mismo aludiendo a esta etapa al retirarse a la vida privada) un trabajo activo para organizar la administración pública. Tuve la felicidad de poder vencer las dificultades de la situación, de pagar el ejército y los buques que sitiaban la plaza del Callao, las listas civil y eclesiástica y de restablecer las comunicaciones y atender con la mayor exactitud posible a todos los servicios, mientras se obligaba a capitular a las fuerzas de la fortaleza del Callao". Al lado de esta obra hacendaria desarrolló una importante obra administrativa reflejada en múltiples Reglamentos y decretos. En esa época Unanue contribuyó también (como lo ha probado Alayza utilizando los documentos publicados por Barrenechea y Raygada) a salvar los territorios del Nor-Oeste peruano que Colombia ambicionaba. Continuó al lado de Bolívar durante casi dos años después de Ayacucho porque le obsesionaba la idea de conservar y consolidar la paz. En su discurso de 3 de abril de 1825 llegó a afirmar con intuición geo-política: "El Perú

está colocado en el centro de la península austral. Es fiel de la balanza entre las repúblicas que la pueblan, y así como estará su mayor prosperidad y dicha en permanecer tranquilo a la sombra de un buen régimen; así le sobrevendrá un cúmulo de desastres si se envuelve en nuevas revoluciones y anarquía. Lo invadirán y lo dividirán todos..." Un año y cuatro meses más tarde, en agosto de 1826, dimitió, llamándole Bolívar en esa oportunidad "honrado y recto y poseedor de firmeza y energía en las crisis más difíciles". El 1º de setiembre, día en que se retiró para siempre de la vida pública, firmó un Reglamento que Carlos Enrique Paz Soldán ha llamado "verdadero Código de Sanidad". En la paz de su hacienda de Cañete, rodeado del olvido y de la ingratitud, vivió hasta 1833.

## V

La censura, la burla o la sospecha ante quien con tanto brillo descolló en las postrimerías del Virreynato y, lejos de apagarse, emergió por encima de las violencias de la Emancipación, eran explicables cuando se creía que entre ambos períodos hubo un abismo infranqueable. Hoy tenemos a este respecto una mayor higiene de las ideas, vemos mejor la lógica del acontecer. Hoy comprendemos que hubo una íntima continuidad, una estructura ineluctable —el Perú— debajo de los sucesos ocurridos durante los gobiernos de Croix, Taboada, O'Higgins, Abascal, San Martín, Riva-Agüero y Bolívar y que Unánue estuvo al servicio de esa realidad en formación. En su alma, como en la de tantos de sus contemporáneos, se fué produciendo, a lo largo de los años, un drama constante y a los tremendos dilemas de su tiempo dió la respuesta que le pareció mejor aún cuando ella no fuera la misma frente a las distintas coyunturas o probabilidades históricas. El reformismo que soñaba en una especie de Comunidad entre España y sus provincias ultramarinas, similar a la Comunidad Británica de nuestros días, hubiera evitado los horrores de la guerra; cuando él ya resultó imposible, la fórmula de la independencia con un régimen monárquico parecía que hubiese podido evitar, según el criterio de algunos hombres cautos, la "subitaneidad del tránsito" de una época a otra época, como en el Brasil; Riva-Agüero pareció inevitable ante la impotencia y el desprestigio de la Junta Gubernativa, pero luego su lucha contra el Congreso y contra Bolívar cuando la guerra de la Independencia estaba perdiéndose, resultó insensata; quien quisiera un Perú libre de la dominación española tenía, a pesar de todo, que estar con Bolívar.

Bien examinadas las distintas actitudes de Unánue no reflejan pusilanimidad. Al pusilánime le anima, ante todo, el deseo de eludir sufrimientos o sacrificios, de vivir fácilmente. Y lo fácil habría sido quedarse en el partido del virrey entre 1814 y 1820, precisamente con el mundo que tan bien le había tratado, como otros hicieron. O abandonar a la Patria durante las tormentas de 1823 y principios de 1824, como otros, demasiados, hicieron. O retirarse de toda acción. O alejarse del país.

Unanue se queda y se queda para hacer cosas, para cumplir una misión, para ayudar a nacer a la Patria soberana. Y no porque sienta la sensualidad de la política, o la esperanza de placeres y prebendas; ni porque su temperamento sea de un torrencial activismo, tortuosa ambición o histriónica audacia. Por el contrario, se trata de un hombre sereno, reflexivo, honrado, bondadoso. En primer lugar, ocurre que se le llama; él no busca las situaciones de comando o responsabilidad sino ellas llegan hasta él, con natural, obligada secuencia. En suma, no es el suyo (ni en el Virreinato ni en la Emancipación) el caso, más tarde muy reiterado en el Perú, de hombres injustamente pospuestos, marginalizados, colocados en el desvío. Pero estas oportunidades de servir al país que se le brindan y que él no ha buscado, tampoco las rehuye y al aceptarlas procede tomando las cosas como son, aceptando previamente sus condiciones reales para, después de este acto previo, poner su entusiasmo y aptitudes en el afán de buscar los cambios que juzga posibles. Reconociendo la jurisdicción de la realidad, no escamotea la verdad de la vida por imágenes halagüeñas y con ese punto de partida trata de trabajar lo que le es dable. Su destino no es sólo existir él, conservarse, andar entre lo que está ya ahí, hecho por otros. Unanue, anciano ya, toma partido, se compromete, vive peligrosamente, alimentado por la nativa sanidad de sus instintos, por su capacidad de trabajo, por su saber. No es alarde vano cuando dice "cuánto disgustos y contrariedades han oprimido mi alma, cuántos peligros han amenazado mi existencia". Y cuando agrega: "Los hombres, algunos hombres, son más peligrosos y dañinos que la Naturaleza".

En suma, siendo todo lo contrario del político profesional, del político que no tiene otro bagaje que su actuación pública (pues representa, por antonomasia y con una jerarquía no superada, el caso del hombre a quien se le llama para que sirva al país por su preparación y su honradez), de otro lado aparece como lo contrario del demagogo y del sectario. Nada hay en él, por lo demás, de la impresionabilidad, el arrebatado, el atolondramiento, el "todo o nada" de la pasión criolla. Su

actitud pragmática no reñida con la ética, nunca interesada, nunca excitada, hacen que pueda considerársele como el símbolo de algo demasiadas veces ausente en nuestra historia: el moderantismo basado en la objetividad, el conservadorismo progresista, la solidez y el buen sentido que son las cualidades con que los ingleses han tratado de distinguirse en su política nacional e internacional.